

dición humana, que las cosas antiguas obtienen siempre alabanza y las presentes fastidio.

Si los contrarios opinan que desde el tiempo de Casio Severo empezó á degenerar la elocuencia, no se ha de creer que esto fué por debilidad de ingenio, ni por ignorancia de las letras, sino por buen juicio y entendimiento, porque vieron nuestros mayores que, con las condiciones de los tiempos y la diversa educación de los oyentes, debían cambiarse también las formas y estilo de la oración. Á nuevas costumbres, nuevo estilo. Fácilmente sufría aquel primitivo pueblo nuestro, imperito y rudo, la prolijidad de oraciones complicadísimas, y aun se tenía por materia de grande alabanza el pasar un día entero en el discurso. Toda esa larga preparación de los exordios, toda la repetida serie de narraciones y la ostentación de muchas divisiones, y la grádación de mil argumentos, y todos los preceptos que se contienen en los libros de Hermágoras y de Apolodoro, estaban en gran crédito; y si algún aficionado á la filosofía se atrevía á insertar en su oración algún lugar común, tomado de ella, todos le ensalzaban hasta las estrellas, con desmedidas alabanzas. Y nada de esto debe admirarnos, porque todas estas cosas eran entonces nuevas é incógnitas, y muy pocos, entre los mismos oradores, habían llegado á aprender los preceptos de la retórica ni las sentencias de los filósofos. Pero ahora que todo está ya divulgado, menester es que la elocuencia proceda por nuevos caminos, en los cuales el orador consiga

evitar el fastidio de los oyentes. Y así como Aper censura á los que anteponen Lucilio á Horacio y Lucrecio á Virgilio, él condena á los oradores que imitan á los antiguos, porque los oyentes no los aman, y el pueblo no los entiende y ni siquiera sus mismos clientes los sufren. Ni basta que el orador no tenga defectos. Poca cosa es ser impecable: y poco dista de la enfermedad aquel en quien sólo puede alabarse la salud.

Contesta Mesala, no discutiendo sobre la cuestión de tiempo, pero haciendo constar que la elocuencia decae rápidamente. Confiesa que hay muchas formas y maneras de decir; pero aunque sean distintos los oradores antiguos, en todos ellos presenta la elocuencia el mismo carácter de salud. «Si prescindieramos de aquel género perfectísimo de elocuencia, cuyo dechado vemos en Marco Tulio, yo preferiría de buen grado los ímpetus de Cayo Graco, ó la madurez de Lucio Craso, á la rizada cabellera de Mecenas, ó á la lasciva flojedad de Galión; y prefiero siempre al orador con la toga mal compuesta, antes que verle con vestidos femeniles y meretricios. Semejante hábito no es oratorio, ni varonil siquiera. Y no se peca sólo por la lascivia de las palabras, sino por la ligereza de las sentencias y por la licencia de la composición, de cuyos vicios dió el primer ejemplo Casio Severo.»

Las causas de la ruína de la elocuencia, según Mesala, se reducen á tres: primera, vicios de la educación; segunda, torpeza de los maestros; tercera, degeneración de las costumbres anti-

guas. «En otro tiempo (dice Mesala), el hijo nacido de casta madre, no se educaba en la falda de asalariada nodriza, sino en el gremio y seno de su madre, cuya gloria principal era guardar la casa y servir á sus hijos. Brillaban la santidad y la honesta vergüenza aun en los juegos de la infancia, y era la educación sincera é íntegra, y no contaminada por ninguna perversidad. Así educaba á sus hijos Cornelia, la madre de los Gracos. Pero hoy los niños caen en las manos de esclavas griegas, que los corrompen desde la cuna, habituándolos á la lascivia y á la *dicacidad*. Y los que podemos llamar ya vicios propios y peculiares de nuestra raza, parece como que se conciben en el mismo útero materno, es decir, el amor á los histriones y la afición á los gladiadores y á los caballos. Añádase á esto la ambición y adulación de los preceptores y retóricos.

»Segunda causa de ruína para la oratoria es, sin duda, la torpeza de los maestros que ejercitan á sus discípulos en controversias fingidas, en vez de llenar su pecho con aquellas artes en que se disputa sobre lo bueno y lo malo, sobre lo honesto y lo torpe, sobre lo justo y lo injusto. Nadie puede hablar con elocuencia, sino quien conozca la naturaleza humana y el valor de las virtudes y la torpeza de los vicios. De estas fuentes nace todo el poder oratorio. El orador educado en estas artes podrá guiar á su antojo y rendir los ánimos, y tendrá en la dialéctica, ya académica, ya peripatética, un instrumento reservado para todo combate. Y, ¿quién podrá ser elocuente

de veras, sin una erudición inmensa adquirida en muchas artes y en la ciencia de todas las cosas, de la cual, por decirlo así, resuda y brota aquella admirable elocuencia, que no se encierra, como las demás artes, en breves y angostos términos, sino que puede sobre toda cuestión discurrir con hermosura y ornato, según la dignidad de las cosas y la utilidad de los tiempos, con deleite de los oyentes y de un modo acomodado á la persuasión? De aquí que se le exijan al orador conocimientos en todas las disciplinas, desde la música y la geometría, hasta el derecho civil. Este conocimiento de muchas artes realza la elocuencia, y por eso conviene bajar al foro armado de todas armas, y no al modo de los oradores modernos, de quienes se puede decir que ignoran las leyes y los decretos del Senado y el derecho de ciudadanía, y que menosprecian el estudio de la ciencia y los preceptos de los sabios, confinando el artificio oratorio en pocas y estrechas sentencias, y arrojándole, por decirlo así, de su reino, de tal modo, que la que antes era dueña y señora de todas las artes, y de ellas se servía como de hermosísimas esclavas, y con sus tesoros enriquecía las almas capaces de comprenderla, ahora aparece como mutilada, sin aparato, sin honor, sin ingenuidad, como si fuese un arte torpe, miserable y bajo.

»La tercera causa es la degeneración de las costumbres antiguas. En otros tiempos, se llevaba á los jóvenes á casa del orador más ilustre, varón insigne en el gobierno de la república; y

á su lado aprendían á pelear en verdaderos combates, y se imbuían desde el primer momento en la elocuencia legítima é incorrupta, y así ni les faltaba un preceptor óptimo y excelente que les mostrara el verdadero rostro de la elocuencia, y no su imagen, ni tampoco adversarios y émulos que peleasen con hierro y no con punta-bota; y tenían un auditorio siempre lleno, y siempre nuevo, de amigos y de envidiosos. Ahora, por el contrario, se lleva á los jóvenes á las escuelas de los retóricos, verdadero juego de impudencia, no conocido en la antigua Roma, y prohibido en algún tiempo por los Censores. Con tal ejercicio se forman histriones, no oradores »

Pero hay otra causa de ruína para la oratoria, mucho más profunda, y en cierto modo raíz y fuente de las otras, la cual nunca fué señalada por Quitiliano en sus *Instituciones*, dedicadas al fin á la enseñanza de los parientes de un tirano, pero que está indicada, aunque misteriosamente, en este diálogo, y no es otra que la ruína de la antigua libertad romana, con la cual enmudeció y quedó desierto y solitario el foro.

Obsérvese con qué grandeza solemne y melancólica llora el autor del diálogo sobre estas ruínas. Habla Materno, y dice:

«La grande y verdadera elocuencia, así como la llama, se alimenta con la materia y se excita con el movimiento, y quemando brilla y resplandece. En nuestra ciudad esta misma causa elevó á la cumbre de lo bello la elocuencia de los antiguos. Y aunque algunos oradores de nuestro tiempo

hayan conseguido todo lo que podría lograrse en una república *quieta y feliz*, ¿cuánto más hubieran logrado en medio de aquella antigua perturbación y licencia, en que se mezclaban todos y no estaban sometidos, como ahora, á un común imperante? Valía tanto cada orador cuanto podía persuadir al pueblo, siempre inconstante y vario en sus amores y en sus odios. Añádanse á esto las leyes asiduas y el aura popular, la elección de los magistrados, y aquel temor de los que pernoctaban en los *Rostros*, la acusación de reos poderosos, las enemistades domésticas y personales, las facciones de los próceres, los asiduos certámenes del Senado contra la plebe, todo lo cual, aunque quebrantaba las fuerzas de la República, ejercitaba extraordinariamente la elocuencia de aquellos tiempos. Júntese á esto el esplendor de las cosas que se trataban, y la grandeza de las causas, que ya por sí misma es gran ventaja para la elocuencia, porque la fuerza del ingenio crece con el ímpetu de la materia, y nadie puede hacer un discurso magnífico y sublime, si no encuentra una causa que sea digna de tal estilo. Mejor es la paz que la guerra, pero con todo eso muchos más combatientes esforzados ha producido la guerra que la paz: condición muy semejante es la de la oratoria.»

Con la exposición de este admirable diálogo, que firmemente tenemos por obra del preceptista de Calahorra, podríamos dar por terminado el cuadro de las ideas literarias entre los españoles de la Roma de los Césares, si no nos pareciera

conveniente investigar hasta qué punto los ejemplos y las ideas de los retóricos influyen en el arte hispano-romano de aquella fecha. Pero ¿quién no ve claro en el genio hirviente y tumultuoso, á la vez que pesimista y sombrío, de Lucrecio, en aquella epopeya tan rica de color, y al mismo tiempo tan abstracta y tan triste, en aquel poema sin Dioses ni ciudad romana, pero henchido de moralidades y presentimientos, y alumbrado de vez en cuando por la misteriosa luz de las supersticiones druídicas y orientales; en aquella entonación solemne y enfática, el rechazo del imperativo categórico de Séneca aplicado á la poesía, para levantarla con empuje extraordinario y darle la única vitalidad que entonces podía tener; aunque luchando con los resabios de escuela, que obligan á ser falso al poeta hasta en la expresión de lo verdadero? ¿Y quién no ve en la ligereza calculada de Marcial, perpetuo adulator de su siglo, la última y menos equívoca señal de postración literaria? Todas las literaturas decadentes se parecen en esto de no tomar el arte por lo serio. ¿Qué estética profesaba Marcial? Fácil es sacarla del inmenso fárrago de sus epigramas (tantas veces elegantes y donosos), donde se habla de todo, y también algo de arte y de moral artística. Cuando se hacía cargo al poeta por la licencia de sus epigramas, respondía: «Así escribió Catulo, así Pedon, así Getulio, así todos los autores que se leen.... Los epigramas se escriben para los que asisten á los juegos de Flora. No entre Catón en nuestro teatro, si no quiere escan-

dalizarse; pero una vez entrado, quédese en él¹. «Por lo demás, ¿quién hace caso de ver-
»sos, aunque sean lascivos, si la vida del poeta es
»buena?»

*Innocuos censura potest permittere lusus,
Lasciva est nobis pagina, vita proba est.*

(Lib. 1, ep. 6.)

Pertrechado con la amplísima licencia, que, en virtud de estos principios, se otorgaba á sí mismo², no hay inclinación perversa de la naturaleza humana caída, no hay bestialidad de la carne, que el poeta bilbilitano no haya convertido en materia de chistes, sin intención de justificarlas, es verdad, sin hermosearlas tampoco, pero con la malsana curiosidad de quien reúne piezas raras para un museo secreto. En esta exhibición de torpezas, en este inmenso periódico satírico, ó álbum de caricaturas de la Roma de Domiciano, en esta inagotable crónica escandalosa, recogida al pasar en el foro, en el baño, se desbordan el ingenio y la agudeza: sólo una cosa se echa de menos; el respeto del poeta á sí mismo, á su arte y á la posteridad. Es casi siempre un arte de pa-

¹ *Epigrammata illis scribuntur qui solent spectare Floralia....
Non intret Cato theatrum nostrum, aut, si intraverit, spectet.*
(Ep. 30, lib. x.)

² *Lex est carminibus data jocosis
Ne possint, nisi pruriant, juvare.*
(Lib. 1, ep. 36.)

rásito, arte de *spórtula*, aunque refinado é ingeniosísimo. Marcial no trabaja para la gloria:

Cineri gloria sera venit.

(Lib. xxvi.)

Sabe que vive en tiempo estéril para la poesía (Lib. I, ep. 108), y atribuye, con criterio de hambriento, esta decadencia de las letras á la falta de protección:

Accipe divitias, et vatium maximus esto.

(Lib. viii, ep. 56.)

Para obtener, si no *divitias*, á lo menos moderada granjería, honores de caballero romano, y alguna invitación á cenar, el poeta ha encontrado en la lujuria una mina inagotable:

At mea, luxuria, pagina nulla vacat.

(Ep. 69, lib. iii.)

Su musa, tras el vino y las rosas, depone el pudor (Ep. 68, lib. iii). Á falta de otro mérito, tendrán sus versos el de la verdad histórica. Conoce que es el único poeta sincero, el único poeta *contemporáneo* (digámoslo así) de la edad en que vive. Quizá era su poesía la única posible entonces; de aquí su popularidad:

Teritur noster ubique liber.

(Lib. viii, ep. 3.)

Por eso trata con tanto desdén á los poetas graves y severos, autores de epopeyas y tragedias de gabinete. Él, poeta del día, copiará con exac-

titud fotográfica lo que sus ojos ven, y condimentará con romana sal sus libelos, para que Roma reconozca su propio retrato:

*At tu Romano lepidos sale tinge libellos,
Agnoscat mores vita legatque suos.*

Esta verdad humana, no universal y profunda, sino histórica y relativa, del lugar y del momento, es la única ley del arte de Marcial. Él sabe que los grandes tiempos de la musa épica y trágica han pasado; y burlándose de los retóricos que traen la miserable pretensión de rehacer el *Edipo* ó el *Tiestes*, se proclama abiertamente *realista*:

*Qui legis Oedipodam, caligantemque Thyestem,
Hoc lege, quod possit dicere vita: meum est.*

No pintará Centauros, Arpías ni Górgonas; todas sus páginas tendrán sabor de humanidad:

Hominem pagina nostra sapit.

(Ep. 4., lib. x.)

En suma: la doctrina de Marcial es antitradicionalista, revolucionaria y (si tal palabra vale dentro del arte antiguo) romántica, como que llega á burlarse de los grandes mitos consagrados ya por la poesía: *Edipo*, *Scila*, el robo de *Hylas*, *Hermafrodito*, *Atis*.... Todo esto lo encuentra viejo, ininteligible y agotado:

.... Quid nisi monstra legis?

Quid tibi dormitor proderit Endymion?

No entiende de más arte que el de retener el rasgo fugaz de costumbres:

Ars utinam mores animunquę effingere possit.
(Ep. 32, lib. x.)

En Marcial, ingenio elegante, culto, urbano, capaz de extraordinarias delicadezas artísticas, y émulo á veces de Horacio en la sobriedad, la corrupción no está en el estilo ni en la lengua; está más allá, en la esencia misma de su poesía, atada al suelo por la frivolidad y el abandono. Marcial es susceptible de entusiasmo por todo lo grande y bello: ha execrado en dos versos, que no perecerán, al asesino de Lucano. Cultivador exquisito de la pureza de la forma, se subleva contra el mal gusto, llama *difficiles nugę* y *stultus labor ineptiarum* á los versos retrógrados y circulares, y guarda los más agudos dardos de su aljaba para los poetas aquejados de la comezón de las lecturas públicas. (Lib. III, ep. 44.)

In thermas fugio, sonas ad aurem.

Ama y siente la naturaleza como muy pocos antiguos: las *fuentes vivas* y la *hierba ruda* (libro II, ep. 90), la *viva y no lánguida quietud del mar*, los *rosales de Pesto dos veces floridos en el año*, la *ávida piel que embebe por todos sus poros el calor del sol*, las *ecuóreas ondas del espléndido Anxur* (lib. x, ep. 51), el *árduo monte de la estrecha Bilbilis*, y las aguas del Jalón que dan

tan recio temple á las espadas, tienen en sus versos un hechizo casi virgiliano. Su sincero *hispanismo*, el sentimiento de raza, y el amor mezclado de orgullo con que habló siempre de su patria celtíbera y del municipio que él iba á hacer glorioso; la delicada galantería, enteramente moderna, de algunos epigramas á Marcela, y de aquel otro madrigal insuperable, á Pola:

A te vexatas malo tenere rosas;

aquella índole de poeta, tan sencilla y tan candorosa en el fondo, como Plinio el Joven reconoció (*nec candoris minus*); cierta honradez nativa, y serenidad y templanza en los deseos, son parte, sin duda, no para absolver á Marcial, sino para mirar con menos enojo aquella sección demasiado voluminosa de sus obras, donde su descompuesta musa hizo resonar con tanta algazara las castañuelas tartesiacas:

Et Tartessiaca concrepat aera manu.

(Lib. XI, ep. 16.)

¡Lástima de poeta! Á lo menos, no le faltó nunca la *mica salis*, ni la gota de amarga hiel, ni, en sus momentos más felices, la morbidez y gracia del estilo. Es natural que, al compararse con Valerio Flaco, ó con Silio Itálico, ó con Estacio, ó con los demás llamados poetas épicos de

¹ Cito siempre á Marcial, por la edición Bipontina.

entonces, él, poeta verdadero, aunque en un género que los preceptistas declaran inferior, sintiese su enorme superioridad, y con justa arrogancia exclamase :

*Illa, tamen, laudant omnes, mirantur, adorant ;
Confíteor: laudant illa, sed ista legunt.*



CAPÍTULO II.

DE LAS IDEAS ESTÉTICAS EN LOS PADRES DE LA IGLESIA
ESPAÑOLA.—SAN ISIDORO.



OMIENZA la trasformación del arte antiguo, en el presbítero español Cayo Vecio Aquilino Juvenco, tenido generalmente, aunque no con entera exactitud, por el más antiguo de los poetas cristianos. En los cuatro libros de su *Historia Evangélica* sigue paso á paso, y no sin elegancia de estilo, el texto de los Evangelistas, salpicándole con reminiscencias de factura virgiliana. El prefacio, notable por la alteza de su estilo, muestra que Juvenco, no libre todavía de cierto amor pagano á la gloria, sentía toda la magnitud de su empresa, y saludaba alborozado la aurora de la nueva poesía, bautizada en el Jordán, exaltada en el Tabor y triunfante en el Calvario. «Si nada es eterno en el mundo (dice Juvenco) sino los hechos sublimes y el lauro de la virtud, y los cantos de los poetas que la celebran; si la fama de estos mismos cantores vivirá eterna, mientras los siglos vuelen, ¿qué gloria no ha de ser la mía que tomo por asunto las